

aspecto poco conocido de este pensador de la Argentina, que no sólo leyó su realidad en sus aspectos inmediatos —la política, la economía, la psicología social—, sino que realizó una obra narrativa de muy altos valores, que hoy, con justicia, sale del olvido. Su lectura imaginaria de lo real, tan importante como sus indagaciones en el espacio histórico de su país, puede desde ahora observarse como una parte de su sistema ideológico y como una poética que, por sus mismos valores estéticos, sobrevive a la polémica actitud inconformista de su propio autor.—PEDRO ORGAMBIDE (*Mariano Escobedo*, 479-406. MEXICO-5, D. F.).

A QUINCE AÑOS DE LA MUERTE DE JUAN JOSE DOMENCHINA

Al cuidado de Ernestina de Champourcin llegan a la actualidad editorial los poemas que su esposo Juan José Domenchina escribiera en su exilio mexicano (*). Habitados, en cierta medida, a los nombres y libros recobrados de un tiempo a esta parte, marea que regresa preñada de los años que engendraran nuestra larga era de silencio para salpicar sus postrimerías con hallazgos sorprendentes y senilidades decepcionantes, hemos de zambullirnos en sus páginas, desnudos de historias, en detrimento de la repetible celebración jubilosa. Con el autor de *La corporeidad de lo abstracto* confirmaremos que poesía y política pueden mutuamente disfrazarse de divorciados cónyuges, jugar a lo que la ley prohíbe, perfectible como dicen, aunque severa.

El volumen se inicia con magníficos sonetos y décimas que marcan la apertura del *Destierro*, altura poética que encierra ya casi todas las preocupaciones—decir fantasmas sería grave inexactitud ante poeta tan obsesionado por una recortadísima concreción, que tiene, sin embargo y como se verá, matiz hasta privado—que han de insistir ante el lector que surque el resto del poemario. Con la afirmación de que

*El mundo —lo que existe— está a mi vera.
Y yo tengo, cabal con mi sentido
del vivir, otra vida que me espera.*

(*) *Poesía* (1942-1958), Editora Nacional, Madrid, 1975.

*No me pueden quitar la primavera
en que mi juventud ha florecido
ni el otoño o sazón en que me muera.*

parece anunciar, quevedesca y concentrada, una firme postura vital, una serenidad ante la tragedia que impregna su desolación callada. Lo que podría parecer puesta en práctica de la sabia consigna

*yá todo está cantado —y recantado
en palinodias fáciles de oírse*

hace intuir un abatimiento, una ausencia del contundente embate de la indignación, negativa a referir la dimensión colectiva del dolor, constatación que, lejos de la denuncia feraz, lejos de la necesidad de deslizarse entre palabras con pasos evaporados, dice con sentenciosidad refranesca

*Llamando pan al pan, no se cosecha
más que el odio absoluto y de por vida
de los que, con el alma ya vendida,
sienten que sólo vive el que cohecha.*

La contradicción de actitudes, el ascetismo ocasional, el rechazo de la razón desde el abandono a la futilidad del vivir para la muerte, muerte constantemente presente, muerte atormentada que la vida enerva; la reiterada expresión de lo limitado de toda tentativa que espera, los inesperados brotes rozados de soles diurnos en insospechadas reservas de asombro: paradojas de un pensamiento poético que discurre anudado a la ambigua y vacilante imposibilidad de su objeto. Y enfundado en una clara y segura destreza versificadora, dominio de encarnada técnica del que bien puede servir de ejemplo la siguiente décima, probable definición de lo que está intentando Domenchina:

*Como soledad de aldea
te guarda tu apartamiento
del mundo: el recogimiento
de quien ya sólo desea
contenerse en una idea
diamantina. Y, sin mancharse
en ningún contacto, darse
con su luz, y conocer
cómo ha de permanecer
la vida que va a acabarse.*

Programa, huelga decir, cuestionado a cada paso. Pero hemos de preguntarnos, vacilaciones de este esforzado en la restricción del

deseo aparte, cómo y en qué medida se desenvuelve en su realización. El destino elegido para la poesía aparece claro:

*Sentimiento acerado, su sentido
aspira a pensamiento: tu escritura
sabe surcar en surcos de amargura
el papel —agua en blanco— sorprendido.*

No, nada importa Mallarmé, el experimento o la incertidumbre fraccionada en imágenes, el libre vuelo imaginario que prefigura panaceas de color, o la estrepitosa tormenta de lo horroroso y común a unos y otros: dolor, angustia, queja son rigurosa delineación de un espíritu único que oscila en una soledad a la que nunca accede el tú, que rarísima vez se permite el trazo relajado y hermoso del mundo que se ofrece más allá del yo:

*Esbelta curva del amanecer.
La noche, perezosa, desceñida.
Algo, que fue muy dulce, va en huida.
En el lecho un contorno de mujer.*

No extraña así que el poeta no pueda sino exclamar lo más obvio:

*No se cumple, en la tierra prometida,
el nuevo mundo afín que descubriste
como una Nueva España bien perdida.*

La anexión de la totalidad por parte de los ríos interiores es sumamente peligrosa, máxime si es en forma de un pensamiento implacable que voluntariamente se enclaustra en la desesperación de un mortal, de un creyente abandonado a la frialdad. Coincidimos plenamente, y más pensamos en una realidad que, quiéralo éste o no, pertenece al poeta, que en cualquier drama personal, distanciados ya de toda desesperación unamuniana, por procaz, e insolidaria, y enajenante, cuando leemos que

*No sentir el dolor equivaldría
a no vivir, a no sentirse vivo.*

Pero decepciona hallar la justificación de Domenchina en que, para él, sería entrevivir

*una muerte irrisoria, sin motivo,
que no pondría fin a nada vivo,
porque nada empezado acabaría.*

No sé si el lector compartirá este juicio. Mas antes de profundizar en este aspecto, que nos apartaría del texto en cuestión en este punto, hemos de continuar lo expuesto, no sin antes citar la duda del propio autor:

*Todo lo que luché por definirme,
¿me dejará por siempre indefinido
para, al sobrevivirme, desmentirme?*

Dos años después de *Pasión de sombra (Itinerario)*, libro al que pertenecen las últimas citas que hemos ido manejando, se publica *Tres elegías jubilares*, de las que la primera está ausente en este libro. Aunque el rigor formal permanece absoluto y tenaz, la adopción de estrofas y versos más ligeros en la «segunda elegía», de un discurso más vigoroso y envolvente en la tercera, el despliegue de una excelencia expresiva al cabo, unido al tono magistralmente constante del poema extenso, logran presentar una faceta del pensar creativo de nuestro poeta mucho más coherente y convincente. Hay una grandeza de visión desgranándose que se inscribe con todo merecimiento en una importante tradición castellana. Y no es vano pensar aquí en la fidelidad de Domenchina a un paisaje y un verbo concretos. Hay un incremento, más que de lucidez, de distanciamiento del lamento aislado y roto:

*El estar solo
adrede es un desierto voluntario
de infinitas arenas, sin oasis.
(Porque en las dunas que inventé se hundan
sólo pasos de arena movediza.)
Hombre quitado de su sitio y puesto,
sol español, en tierra americana,
sin edad cronológica, entre nubes
de estupor. ¿Cuántos años tiene el día
sin retorno? ¿Quién cumple en dispersiones
atónitas su tiempo? —¿Cuántos años
de muerte en carne viva? ¿Cuántas horas
de vida desterrada?—*

Mas el autor que antaño colabora con *La túnica de Neso* a la vanguardia de entreguerras, que ya a los diecinueve años publicara su primer libro de versos, para morir, olvidado, en 1960, abandonó pronto ciertas influencias juanramonianas para forjar un tono vehemente personal. Podemos asentir a la afirmación de que fue de los pocos compañeros de exilio que se sintió a sus anchas en el soneto desnudo y grave, que edificó una maraña luminosa y reiterante de

conceptos, «abstractos», que trató de depurar y asimilar con toda la acuciosidad de que fue capaz. Su poesía en el exilio sigue una línea unívoca y certera, esto es, ajena a sinuosidades distintas al abrazo de esperanza y pesimismo de desgarró contenido y refutación de la inconsciencia. Así, la lectura de libros como *Exul Umbra*, *La sombra desterrada*, *El extrañado*, confirman lo antevisto y lo mejoran, dentro del agobiado marco que el poeta se fijara. Domenchina sabe adonde va y lo que quiere, domina la voz que le traslada, constata, ya dolorido, ya en arquitecturas barrocas, aquello que le impregna y le alienta. Es lo que más sorprende en nuestro tiempo desconexo, fragmentado, abigarrado y, en ocasiones, melodía extraña que alberga inauditas explosiones de color. Nos parece que el poeta impera sobre una seguridad pasmosa, un caminar tan decidido y solipsista, tan sordo a la inquietud que vuelve la vista, guiña el ojo o asesta el rabioso tajo, que asusta por esa religiosidad de lo irreversible, condenado, definido. Domenchina se entrega, brega en el mar que le ha de vencer siempre, se encara con el espejismo sin rostro, se lamenta en el encierro cuya llave ha desdeñado, en las formas que para siempre han de testimoniar su triste carrera a solas con el peor de nuestros enemigos: el yo que, penetrando en las entrañas, se atornilla a la más oscura y desventajosa de todas las perspectivas. Domenchina hubiera sido un visionario maldito sí, en lugar de acrisolar metro e idea, de emprender la dura ascética cristiana pero conceptuosa, desnuda pero pudorosa, hubiera buscado a locas con el mismo fervor que empleó en inventariar los desolados paisajes que una mente rígida le dictara. Lo que le condiciona, más que una forma, lo que le aleja de la poesía más lograda, es la obsesión única de su espíritu. Claro que es sólo por eso que podemos admirar su indudable maestría.

Pecaría de insinceridad flagrante si cerrara este comentario con lo que ha tratado de ser una aproximación justa. No para desdejar lo antedicho, para destejer el juicio laboriosamente (y diré por qué) urdido, y torpemente, sino para arrojar a los pies de esta mesa en la que escribo una confesión que no quiero eludir: He sufrido buscando tratar al poeta con objetividad, seguir sus pasos con la curiosidad del desapasionamiento, no he sabido encontrar en su libro versos en que bogar entre la sangre que a diario llega hasta mi puerta y la permanente incertidumbre en que zozobra mi tiempo. ¿Malos tiempos para la poesía? El tópico es tan viejo que ha perdido toda exactitud. ¿Personal neurastenia? Quizás. No se trata de repartir certificados de culpabilidad. Pero Domenchina es un síntoma de la poesía que hoy no escogería apremiado por la huida que se impondrá en cualquier

instante, ni siquiera para gritar desde el puente del último navío en hundirse. En toda creación, lectura, crítica, se está imponiendo un criterio de urgencia.—BERND DIETZ (*Cercado del Pino, 29-EL SAUZAL. Tenerife*).

JUAN JOSE DOMENCHINA: *Poesía (1942-1958)*, Editora Nacional, Madrid, 1975.

En plena guerra civil Antonio Machado, dijo: «De Domenchina, como de todos los poetas auténticos, se anuncia el nombre y basta». Pero en aquellas fechas (1937), la personalidad del poeta madrileño estaba ya consagrada y se le conocía bien a través de sus libros, publicados desde 1917 y recogidos en su *Obra completa* en 1936. Las generaciones actuales son las que deben asomarse a *Poesía*, volumen en el que la poetisa Ernestina de Champourcin, esposa del poeta, ha reunido lo más importante de su obra, precedida por un breve, pero inteligente prólogo.

Poeta de la generación de 1927, Domenchina sufrió unos años de postergación al finalizar la guerra, pues, hasta 1969 no apareció en la Colección Adonais *El extrañado y otros poemas*, prologado sabiamente por Gerardo Diego. De entonces acá se le ha venido reivindicando como merece y lo será más con el conocimiento de *Poesía*.

Exiliado en México desde 1939 hasta su misma muerte, en 1960, tales años fueron propicios para el poeta que supo cantar la nostalgia por su tierra lejana, por su España y su Madrid perdidos en la distancia y el tiempo, pero no en su corazón. Y a pesar de su «existencia rota y postergada», según declara en un poema de *Destierro* (1944), sigue creando hasta poco antes de morir, magistrales sonetos, perfectas décimas y canciones con un juego gracioso de palabras, y un mucho del Cancionero español: «Castilla la llana... / caminera y sentenciosa, / ¡qué bien habla!»

En el lenguaje de Domenchina sorprende su hábil fusión de lo moderno y lo arcaico embellecido al compás de su íntima comunicación. Elegíaco consigo mismo, su melancolía anda infusa en hallazgos del Siglo de Oro, esencialmente de cuño quevediano, vívidos y llenos de fuerza expresiva, pero aduciendo también motivos señeros de nuestros poetas místicos. Así en las *Elegías jubilaires* de hermoso contenido en torno al exilio: «Rota la entraña, me busco / en mis